

**El Leon.**

HISTORIA NATURAL.**EL LEON.**

El leon tiene la figura imponente, la mirada fija, el paso altanero, la voz terrible. Su talla es alta pero no monstruosa. Su cuerpo es flexible y sus saltos prodijiosos. Un golpe de su cola es bastante para derribar á un hombre. Tiene una melena, que se mueve, se heriza, y se agita en todas direcciones cuando está irritado. Esta melena, ó mas bien su pelo, que cubre una parte de su cuerpo, se hace mas crecida á medida que el animal avanza en edad. La leona que ordinariamente es una cuarta parte mas pequeña que el leon, no tiene melenas. Es estremado el amor maternal en estos animales. La leona, naturalmente tímida, es muy pacífica, pero se pone furiosa cuando atacan sus cachorros. Entonces, no conoce el peligro, y se arroja indiferentemente á los hombres y á los animales, que encuentra, los mata, carga con la presa, se la lleva y la reparte á sus leoncillos á los cuales enseña temprano á chupar la sangre, y á despedazar la carne. Ordinariamente pare en sitios ocultos, y de difícil acceso, y cuando teme que la descubran, oculta sus huéllas, volviendo muchas veces hácia atras, ó las borra con la cola; á veces cuando la inquietud es grande, trasporta las crias á otro lugar, y si se las quieren quitar los defiende hasta el último extremo. Se ha observado que el reflejo del sol incomoda al leon, que raras veces anda en medio del dia, que durante la noche es cuando hace sus correrías, y que cuando vé hogueras cerca de los ganados, no se aproxima. Tiene los dientes tan fuertes que tritura los huesos con facilidad, y los devora con la carne: prefiere la carne de los animales vivos, á la de los muertos. El rugido del leon es tan fuerte, que oyéndole por la noche en el desierto se parece al ruido de un trueno. Ruje cinco ó seis veces por dia, particularmente cuando vá á llover. Tiene ademas otro sonido que es mas terrible aun que el rugido. Por la noche como el gato, tiene el sueño ligero. Cuando vé hombres, y vé animales juntos, siempre acomete á los animales, y jamas á los hombres, á menos que no le hagan mal, porque entonces conoce perfectamente á el agresor, y abandona su presa para vengarse. El leon se amansa en el momento que le cogen, y si se aprovecha el primer instante de su sorpresa ó confusion se le puede atar, poner bozal y conducirle á donde se quiere. El leon cogido de jóven, y criado entre los animales domésticos, se acostumbra con facilidad á vivir, y aun á jugar con ellos.

Entonces es manso y cariñoso con sus amos, y si su ferocidad renace algunos momentos, jamás la emplea contra ellos. Se irrita del mal trato, lo tiene presente, y parece que medita la venganza, así como también recuerda los beneficios. Desdeña á los enemigos débiles, desprecia sus insultos, y los perdona. Acaricia la mano que le da de comer, y á veces perdona la vida á los animales que le echan para que los devore, continúa despues protejiéndolos, y sufre, se lamenta y pone furioso cuando los separan de él. Comparte con ellos su subsistencia y aun se la deja quitar toda entera. El leon no es cruel, sino por necesidad, no mata sino para comer.

En una palabra, sus cualidades internas, no desmienten su magnífico esterior.

PEPITO CLIC-CLAC,

O EL NIÑO PRESUNTUOSO.

¿Qué ruido es ese que se oye en la sala de estudio del colegio? parece una carraca á quien una mano incansable hace revolotear. No es eso ¿pues qué es? Es Pepito *Clic-Clac* que charla horas enteras cuando se pone, y se pone diariamente, ¿*Clic-Clac* es acaso su apellido? No, *Clic-Clac*, es un apodo que sus compañeros le han puesto á causa de la relacion que hay entre el ruido continuo que hace cuando habla, y el ruido de una carraca. Es tan hablador como el loro de la fábula que por hablar demasiado murió de una indigestion de palabras. ¿Vosotros creereis acaso, niños, que este charlatanismo proviene de una justa confianza del talento cultivado, adornado de conocimientos diversos? Pues no es así, *Clic-Clac*, es un hablador presuntuoso, que cree saberlo todo, sin haber aprendido nada. Habla sin reflexion, porque para meditar es preciso callar: habla sin que le pregunten: á veces dirige la palabra á otros, y se responde á sí mismo sin esperar. Dice tonterías con la mayor serenidad y no repara en que se burlan de él; preguntadle ¿Qué es botánica? y os responderá con cara erguida; «el arte de hacer botas.» Si le replicais que el conocimiento de la botánica no es necesario al zapatero no se alterará, y añadiendo una sandez á otra os contestará mil desatinos. Le prueban enseñándole un diccionario su tontería, pero él no por eso se deja humillar, y recobra al momento su tono de segu-

ridad. Su amor propio sin embargo, (y eso que tiene mucho) ha sufrido á menudo fuertes pruebas. Voy á contaros lo que le sucedió un dia.

En la calle del Turco en Madrid hay un colegio de jóvenes, en donde se enseñan las ciencias, las artes, las lenguas antiguas y modernas, y se enseña todo cuanto el hombre puede aprender escepto la música. Nunca han salido de esta casa discípulos capaces de encantar el oido de sus semejantes con los acentos de una hermosa voz; nunca sus labios ni sus dedos han sabido sacar de un instrumento de música los sonidos melodiosos que hacen esperar á nuestra alma tan dulces y diversos sentimientos. Los desgraciados discípulos no pueden ser sensibles á los encantos de la música; si instrumentos guerreros hacen resonar sus belicosos acentos, sus ojos no se animan como los nuestros; no se ponen colorados, no se les vé como á nosotros, seguir irresistiblemente y con medida el paso de las tropas puestas en movimiento por la música guerrera. Es porque á estos desgraciados, les falta un sentido; el sentido del oido. *Son los Sordo-mudos*. No pueden tener ninguna idea del sonido, y habiéndole preguntado á uno ¿de qué color creia que era el sonido de la trompeta? respondió: Yo pienso que es colorado. Pero ¿á qué compadecernos de su suerte? Felicitémosles antes bien, de que se encuentran hombres de genio que en nuestros dias han abierto á estos desgraciados por naturaleza la puerta de las ciencias que estuvo largo tiempo cerrada para ellos. Los antiguos creian que los Sordo-mudos no eran susceptibles de recibir ninguna instruccion. Tal era la opinion de Aristóteles uno de los hombres mas sabios de la antigüedad. Se llegó hasta á creer, que estos pobres niños estaban malditos por Dios, y existen paises bárbaros, donde se les mata á la edad de tres años. La condicion de estos niños ha cambiado hoy enteramente, merced á un ingenioso método pueden aprender todo, hasta conversar sin el auxilio de la escritura. Con los cinco dedos de una mano forman todas las letras del alfabeto, componen todas las palabras de un idioma y se comunican unos á otros sus sentimientos é ideas tan rápidamente como nosotros con la palabra. Se puede decir que escuchan con los ojos, y que hablan con los dedos. La naturaleza que les privó de un sentido parece haberles querido compensar esta falta, dándoles mas euergía, mas vivacidad, mas perfeccion en los otros. El sentido de la vista en los Sordo-mudos, es sumamente fino y penetrante; cojen al vuelo cualquier signo, con una prontitud maravillosa, y cuando alguno habla de viva voz delante de ellos, sus miradas pretenden traducir el movimiento de los labios de las personas que hablan, y adivinar sus pensamientos. Esta continua atencion de sus ojos, dá á su mi-

rada una espresion particular de sagacidad, y talento. España, Inglaterra y Alemania, han tenido antes que la Francia métodos de instruccion para los Sordo-mudos. Pero estos métodos eran aun incompletos. Apareció en Francia un hombre á mediados del último siglo, que tenia un gran genio, unido á un amor ardiente á la humanidad. Su genio siguió las inspiraciones de su corazon, y á él pertenece el honor de haber encontrado en Francia el método de instruccion para los Sordo-mudos. Este hombre se llamaba el abate *L' Epée*. Retened bien su nombre niños, como que es el de uno de los mas grandes y mas respetables bienhechores de la humanidad. Acordaos tambien del de el Abate *Sicard* su digno sucesor que perfeccionó el método de su maestro. ¡Bella y pura inmortalidad la de los abates, *L' Epée* y *Sicard*!!!

Pero volvamos á nuestro buen amigo *Clic-Clac*. Paseando este un dia con su criado por delante de este colegio que no conocia, vió entrar una multitud de jóvenes de su edad poco mas ó menos: *Clic-Clac* tenia nueve años. Iban en fila de dos en dos como los soldados, conservando perfectamente las hileras, y guardando un profundo silencio. Es inútil esplicaros esta última circunstancia, que admiró mucho á *Clic-Clac*; ola, dijo él, ved aqui los discípulos de un colegio que vuelven de paseo; habrán hecho alguna picardigüela y el maestro para castigarles, les habrá prohibido el hablar. ¡Pobres, qué lástima me dan! En seguida dijo al criado que queria entrar á implorar su perdon. El criado, que no entendia lo que queria decir, pero que cedia á todos sus caprichos, obtuvo el permiso del portero para entrar. Se sentó en su cuarto, y se puso á hablar con este mientras que *Clic-Clac* entró en la sala donde los discípulos merendaban, dispersos por aqui y por allá. Adelantóse con atrevimiento en medio de un grupo de jóvenes, que de mala gana comian pan y naranja sazonado por el aire, y ejercicio del paseo. Y bien, amigos míos les dijo, ¿os han prohibido el hablar? no decis nada, debeis sufrir mucho, os debe ser muy penoso? No respondian, pero *Clic-Clac* seguia hablando sin aguardar respuesta. Gesticulaba, y chillaba en diversos tonos; metía él solo tanta bulla y ruido que se creyó por un instante en la casa que todos los mudos acababan de recobrar milagrosamente el don de la palabra.

Preguntaba unas veces á unos, otras veces á otros: tu comes pan seco, sin dulces? eso es insoportable y no sé como puedes pasarlo, las palabras que te suben á la garganta, y que guardas por órden del maestro, no impiden pasar el pan y la naranja? El mudo llevando un dedo á los oidos y en seguida á la boca, le queria hacer entender que era sordo-mudo, y que por consiguiente no podia responderle: pero el botarate *Clic-*

Clic, ocupado únicamente de sí mismo, no entendía estos signos, ni tampoco los que le hacía el mudo, con los cinco dedos de una mano, para conocer, si sabía la *Dactilogia* ó arte de hablar con los dedos. Deja tus manos quietas, le decía *Clic-Clac*, parece que tienes una pulga entre cada dedo, según lo que te apresuras á menear la mano. En seguida se dirigía á otro y le decía; que su uniforme y su frac azul con boton dorado de paño ordinario no era bonito. Le preguntaba sino prefería un vestido como el suyo, de paño de Sedan con cuello de terciopelo, chaleco merino, su gorra con borla y galon de oro, y sus guantes de hilo de Escocia. *Clic-Clac* hacía ostentacion de su traje, se jactaba, se engreía como un pabo real, tonto como un ganso, aturdido como una codorniz, y charlatan como una cotorra. El segundo mudo, á quien se dirigió *Clic-Clac* le respondió como el primero, señalándole sus oídos y lengua, y moviendo los dedos de la mano derecha. Vamos, decididamente, dijo, parece que todos tienen las orejas, lengua, y dedos picados por moscardones en el paseo. Que tontos son en ser tan dóciles á los preceptos del maestro, y guardar silencio hasta ponerse enfermos! En seguida les gritaba; hablad» hablad» tontos....burlos del maestro, y no esteis ahí con la boca cerrada, como purichinelas de los títeres, que no saben hablar sino por boca de otro. Mientras que el impertinente *Clic-Clac* quería escitarles á la insubordinacion, llegó un maestro á la sala.

Dirigióse á él y con poco modo le dijo: caballero, yo os agradecería muchísimo que permitiéscis hablar á estos jóvenes, parecen todos mudos.—Lo son en efecto, amiguito, replicó el maestro. Este es el colegio de Sordo-mudos.—Cómo? Qué tambien son sordos?—Son mudos precisamente, porque son sordos de nacimiento. No habiendo oído jamás, nada pueden hablar.—De modo que nunca han hablado?—Nunca, nunca—¡Pobrecillos, qué ignorantes deben ser! dijo *Clic-Clac* envanecido, porque al fin, hablando uno se instruye.—No son tan ignorantes como usted cree, le respondió el maestro sonriéndose. Sin duda no son tan instruidos como usted, que puede aprovecharse de todo lo que oye; rodeado de personas instruidas, usted recoge sus conversaciones y las retiene; vuestra memoria se enriquece, vuestra inteligencia se forma, además del tiempo que pasais en leer buenos libros. En lo que á usted no le cuesta mas que una semana de trabajo aprender, estos desgraciados invierten dos meses en adquirir, y yo creo que usted sea capaz de dar lecciones á los mudos de mas edad que usted que hacen sus estudios en esta casa.—Ciertamente, respondió *Clic-Clac* con petulancia echando un poco sobre la oreja su gorro griego de terciopelo de seda....—¿Pero de qué se ha de dar leccion á estos des-

graciados? Es imposible que jamas sepan leer ni escribir.

—Se engaña usted, amigo mio, y observe usted allá abajo en aquel banco de piedra á aquel niño de la misma edad de usted, un poco pálido, cuyos ojos son tan espresivos, pues está leyendo el *Robinson-Crusoe*.—Es imposible, replicó *Clic-Clac*. El maestro llamó por una seña á el mudo. Se quitó al instante el sombrero, y se acercó. Era en efecto pálido, un poco delgado, sus facciones parecian estar fatigadas por el estudio, pero de una movilidad prodigiosa, su mirada penetrante tenia impreso cierto sello inesplicable de talento y melancolia. Era una preciosa cabeza de niño. El maestro, le cojió el libro de las manos, y le enseñó á *Clic-Clac*; pero este empinándose sobre los pies, á manera de maestro de esgrima, dijo:—Es imposible, os digo. Este desgraciado hace como que lee, pero no lee... El maestro volvió á hacer seña al mudo. Este sacó inmediatamente una cartera con lapiz, y se la presentó á *Clic-Clac*. —Oí! dijo aquel ¿Qué quiere que yo haga con esto?—Os invita, respondió el maestro, á que le pongais en esa cartera una pregunta, y él os responderá. *Clic-Clac* hizo un gesto, mordióse los labios, púsose algo colorado; en seguida se serenó, y persuadido de que no era posible que un mudo supiese tanto como él, escribió en la cartera, y de la manera que la presentamos la pregunta siguiente: ¿QUÉ ES GOGAFRIA?

El mudo cojió la cartera, echó una ojeada, se mostró perplejo, y se la dió al maestro haciéndole una seña, que queria decir. Yo no lo entiendo.

—¿Qué os pregunta, dijo *Clic-Clac* cantoneándose? El maestro le respondió, dice que no lo entiende.—Eso no me extraña. ¿Como quiere usted que un mudo lo entienda?—Es que usted tiene una ortografia tan particular.... replicó el maestro.—

—Para qué aprenderla? es tan facil!...

En fin voy á corregir vuestra frase, y dársela al mudo, le respondió el maestro, y borrando lo que trazó *Clic-Clac* escribió ¿Qué es geografia?

El mudo puso debajo. «Es la descripcion de la tierra.»

Ved su respuesta, dijo el maestro á *Clic-Clac*.

Este cogió la cartera, echó una carcajada y dijo: No es esto: Geografia es el arte de hacer garfios. El maestro no pudo ya contenerse, y se echó á reir á carcajada tendida. Todos los mudos dispersos por la sala, viéndole así reir acudieron de todas partes y se formaron en corro al redor de *Clic-Clac* y de su compañero. *Clic-Clac* empezó á avergonzarse, viendo que todas las miradas se dirigian á él con cierto aire de burla, porque los mudos habian interpretado la risa del maestro, quien por otra parte les habia comunicado por signos la definicion que *Clic-Clac* acababa de dar de la geografia. El aire insolente de

este, les habia chocado un poco, y se alegraban de humillar á un ignorantuelo, que creia saber mas que todos, y que sabia menos que el mas ignorante del colegio. Sacaron todos sus carteras del bolsillo, y escribieron rápidamente algunos renglones que hicieron pasar sucesivamente por los ojos de *Clic-Clac*. En una se leia. *Un ignorante que presume de instruido, es dos veces ignorante*. En otra, *El charlatan, que pasa su tiempo en charlar no lo puede emplear en el estudio, y vive aislado toda su vida*.

Todas estas frases, estaban escritas con perfeccion, y sin ninguna falta de ortografia. Algunos dibujaron cabezas de animales, cuyo natural y costumbres tenian alguna relacion con la vanidad é impertinencia de *Clic-Clac*. En seguida abrieron el corro que habian formado, y aplicando sus manos abiertas y derechas por encima de sus sienes, hicieron orejas de burro á el pobre *Clic-Clac*, que ya no sabia donde estaba. Afortunadamente el criado vino á buscarle, echóse á llorar retirándose confuso y con la cabeza baja.

Caminando *Clic-Clac* hácia su casa, no despegó sus labios, reflexionó en lo que le acababa de pasar, en la leccion merecida que recibiera, y en lo vergonzoso que era para él, ser mucho menos instruido que un mudo de su misma edad. Cuando llegó advirtió su mamá que tenia los ojos hinchados y el semblante abatido; le preguntó la causa y él contó lo que le acababa de suceder; estaba humiliado; se arrojó en los brazos de su mamá y la dijo:—yo cambiaré de conducta, yo trabajaré, y dentro de seis meses, sabré tanto como un mudo.—Para conseguirlo, hijo mio, es menester que procures ser mudo, callar y estudiar mucho.—Cumplió Pepito su palabra, y se hizo quitar el apodo de *Clic-Clac*. En lugar de charlar todo el dia, escuchaba á las personas instruidas, les preguntaba con discreccion las cosas que no sabia, curose de su impertinencia, se corrigió de su vanidad. En fin, pasados los seis meses, volvió al colegio de Sordo-mudos y los asombró con los adelantos que habia hecho. Le trataron entonces de otra manera muy diferente que la vez primera. Le abrazaron, le festejaron, y le dieron el parabien por sus adelantos. Pepito fue dichoso y llegó á ser un jóven completo.



LAS ARMAS DE FUEGO.

Seria largo el contaros, amables niños, la historia de las desgracias que han ocurrido por efecto del uso imprudente de las armas de fuego. Los periódicos vienen llenos todos los días de esta clase de sucesos, y sin embargo la experiencia no corrige á nadie. No es bastante el uso esterminador que se hace esencialmente de las armas en las guerras de pueblo á pueblo, sino que á estas muertes que la necesidad exige, es menester añadir las que causa la imprudencia. Yo os pregunto, ¿qué necesidad, y sobre todo qué placer pueden tener los niños en manejar estas armas para hacer un vano simulacro de la caza ó de la guerra? Y si quieren ser soldados ó cazadores antes de tiempo, si es preciso que se parezcan á los verdaderos cazadores, que cojan armas figuradas, á propósito para su cuerpo y edad como exigen sus juegos, fusiles de madera, pistolas de lo mismo, y con ellas maten cuanto quieran. Que aprendan el ejercicio enhorabuena con ellas, que maten cien mil moros, ingleses ó franceses, así á quema ropa, gritándoles *pum! ya has muerto*; nada mas inocente porque matadores y muertos quedan sanos y buenos y siempre amigos.

El peligro de las armas de fuego en vuestras manos, hijos míos, seria menos malo sino espusiéseis mas que á vosotros solos, pero desgraciadamente teneis la manía de apuntar á las personas que habitualmente os acompañan, que os quieren mas y á quienes vosotros tambien quereis, vuestro padre, vuestra madre, un hermano, una hermana, un pariente, un amigo. Me direis acaso, cuando una arma no está cargada ¿qué inconveniente hay en hacer de ella un juguete? y yo os responderé; que cuando precisamente se cree que una arma no está cargada, es cuando suceden semejantes desgracias, porque yo no creo que haya en el mundo niños tan imprudentes para manejar armas de fuego cuando saben que están cargadas.

Escuchad niños una historia verdadera que yo he presenciado en Zaragoza, y de la que muchas personas se acordarán al leerla.

Ya sabeis que en Zaragoza está la famosa casa de locos. Pues bien, en esta triste mansion la razon humana está en carnaval todo el año, en la cabeza de los pobres pensionistas de este establecimiento los pensamientos bailan, saltan, se cruzan como mugeres embriagadas en una orgía; en sus corazones los sentimientos son desordenados, ambulantes, estrordinarios, burlescos, disparatados. ¡Cuán triste espectáculo es el visitar á los pobres locos, cuánta lástima causa el verlos!

Yo fuí á visitar el hospital de estos desgraciados hace ya algunos años; parado en la gran reja del patio en donde están encerrados los locos, los observaba pasearse en todas direcciones como gentes que andan sin intencion decidida de ir á ninguna parte. Rara vez hablan entre sí. Un loco se acercó á mi, y me dijo en secreto por entre los hierros, que él era el gran Turco, y que todos los demas eran de su guardias, me pidió un polvo, porque son estremadamente aficionados al tabaco y presenté mi caja al gran Turco. Despues vino otro diciéndome que era el papa, y me echó la bendicion, me cojió una caja de pastillas y se marchó. Cuando este se hubo retirado, vino otro que se dirijia hácia mi oblicuamente medio encorbado en la actitud de un hombre que apunta á otro con una escopeta. Cuando me creyó á tiro dijo «pum!...» Ella ha muertol...; y dichas estas palabras se fué á sentar en un banco de piedra, pálido, cubierto el rostro de sudor. Este era un jóven de veinte años, tenia hermosa figura, á pesar de estar muy flaco, y grande espresion en los ojos. Este desgraciado, le dije al loquero, me ha tenido por muger, pues ha dicho muerta. Ah! Señor! Si usted supiese la historia de este infeliz!—Contádmela, le repliqué, no seré ingrato porque este jóven inspira el mayor interés. Pues bien, me dijo el loquero, hace veinte años que vivia en Calatayud una familia decente, rica y bendecida hasta entonces del cielo. Se componia de padre, madre y un hijo de diez años. Este hijo se llamaba Victorino. Al pronunciar este nombre, el loco se levantó y fijó sobre nosotros una mirada terrible, y se le herizaron los cabellos. —Alejémonos, me dijo el loquero; nos alejamos, y continuó su narracion. Este hijo era el amor y el orgullo de sus padres; discípulo distinguido de uno de los mejores colegios de España en donde estaba estudiando, había alcanzado el premio de honor en las clases superiores en los exámenes, y habia venido á pasar las vacaciones á una casa de campo de su padre á pocas leguas de Calatayud. Todo el mundo le queria. Se deja conocer con qué gusto su madre le abrazaba llena de gozo, estrechándole entre sus brazos, y besándole en la frente llena de una singular emocion. El, por su parte, miraba á su madre con el mayor cariño; la pobre madre estaba loca de contenta y el padre desde un rincon testigo secreto de estas tiernas escenas levantaba las manos al cielo, y le daba gracias por tener tan buena muger é hijos.

El padre estaba para marcharse al dia siguiente; antes de marchar dió algunos consejos á su hijo, y le recomendó varias cosas, entre otras el cuidado con no tocar las armas de fuego. Acababa de suceder una desgracia terrible que despertó la atencion del padre. Marchose pues, despues de abrazar á su muger é hijos.

Mientras su padre estuvo ausente, Victorino invirtió su tiempo en estudios serios en su cuarto y lecturas recreativas en el paseo. También hacia compañía á su madre y hermana Concha lo que le obligaba á no apartarse de casa. Uno de los mayores placeres de Victorino era, tener entre sus brazos á su hermana de quien era padrino, tocarle con el dedo la boca para hacerla sonreír, llamarla con los nombres mas tiernos y dulces, y hacerla bailar en sus rodillas cuando lloraba, asistiendo á verla acostar, dormir, y levantarse; ¡qué hermoso espectáculo el ver á una madre modelo de amor maternal cerca de la cuna de su hija, fijando alternativamente sus miradas ya en la cara espresiva y espiritual de Victorino, ya en las lindas facciones de su pequeña Concha, abrazando á un tiempo á estos dos seres tan amables por diferentes títulos, y dando gracias á Dios de tener tales hijos! ¡Dichoso padre! cuando vengas á gozar de tan dulce espectáculo, tu presencia aumentará su encanto!

Un mes había pasado. El padre de Victorino debía llegar aquel mismo día. Reinaba en la casa de campo, el mayor movimiento y vida, era un desórden placentero, precursor de una gran fiesta. Se esperaba al amo de la casa. Los trabajos del campo se suspendieron y los criados se vistieron como en los días de fiesta. Se mataron algunas gallinas y conejos, y se pusieron al fuego; para estos no había fiesta, pero como remediarlo? Esta es la costumbre, dura á la verdad! Las cocinas humeaban y despedían un fragante olor. El cuarto del amo estaba adornado de flores, reinaba en todos el contento y la alegría, hasta los perros, paseaban de un lado á otro meneando la cola, como para compartir el gozo general, que parecía olfateaban.

Victorino cogió su Esopo, para traducir algunas fábulas, y no pudo hacerlo: en segunda quiso leer los viages de Anarcarsis, y tampoco pudo. No podía hacer nada. Su corazón latía con violencia, esperaba á su padre, y de nada podía ocuparse mas que de esperarlo. Andaba errante, de la sala á la cocina, y desde el parque al camino. Corría por todas partes para matar el tiempo, aquel tiempo que para él se hacia tan largo. ¿Qué hacer hasta su llegada? Entra en la casa del Guarda-bosques, y ve una escopeta en un rincón. Olvida la prohibición de su padre, y coge la escopeta despues de preguntar al guarda si estaba cargada. El guarda le responde que no, y en efecto no lo estaba, pues así se convenció de ello metiendo la baqueta en el cañón. Sale de allí dejando la escopeta, y se vá á descansar sobre el verde debajo de los árboles. Al aproximarse, vé á su madre y hermanita al traves de los arbustos que cubrían un cenador. A propósito, dijo, voy á dar un sustillo á mamá, ¡qué gracioso será! Creará que soy el guarda: vuelve inmediatamente

te al cuarto de este, que se habia ausentado ya de allí. Victorino entra, y algunos instantes, despues sale con una escopeta al hombro, un sable en el cinturon, una gorra en la cabeza, cubierta con una piel de zorro; se acerca con cuidado al cenador en el momento que su madre se divertia en levantar á su Conchita y bajarla desde la cabeza á las rodillas. La niña reia á carcajadas. La madre era dichosa! ¡Qué dia tan feliz! decia, mis niños estan buenos, mi Victorino es un portento, mi marido llega hoy, me parece que le veo entre mis dos hijos, ¡Dios mio! cuánta felicidad os debo! Victorino por su lado decia, Armaré la escopeta, dejaré caer el gatillo, mamá mirará hácia este lado al oir el golpe, entonces entraré, procuraré fingir una voz de bajo, y la diré: ¿Qué haceis aqui? Y en seguida me quitaré la gorra. ¡Cómo vamos á reir! Victorino introdujo el cañon de la escopeta en el pabellon, al traves de las ramas, apuntándola con el cañon, armó la escopeta, y soltó el gatillo.... Su criado habia salido á caballo al encuentro del padre de Victorino. Le encuentra á una legua de la casa de campo y le pregunta:—Santiago, ¿cómo están en casa?

—Todos buenos, os esperan con gran impaciencia. ¿Y mi niña, dime?—¡Ah señor, bonita como una rosa, toda se parece á su madre.—El pobre padre sentia latir con violencia su corazón.

¡Cuan largo se le hacia el tiempo para estrechar en sus brazos á su segunda hija! Iba á ver á su muger, su Victorino, le esperaban sus amigos, se habian reunido para festejar su regreso. ¡Que comidal El no podria comer. ¡Qué baile en las calles del jardin! No dormiria esta noche, porque la alegria causa insomnio, lo mismo que el dolor.—Vamos Santiago, vamos no andamos nada, aprieta ese caballo»—¿Como señor, si vamos al galope, y estamos muy cerca? «Amo mio; desde aqui veo el cenador donde he dejado á la señora, dando de mamar á la niña, estoy seguro que aun está allí»...

—¡Tanto mejor, ya estamos en la entrada del jardin, voy abrazar á mi esposa y á mi Conchita. Los caballos sudaban, humeaban, y ya no podria mas.—Toma, dijo el amo al criado, coje el golondrino y llévalo á la cuadra. Ya habia echado pie á tierra, y se adelantaba hácia el cenador. Entreabrió el ramaje, y vió en efecto á su muger; la llama suavemente, y no responde.—Acaso duerme, dijo, demos vuelta al cenador, y entremos con precaucion.. Al entrar dió un grito de horror. Corren al oir este grito de todas partes, y ven á la señora con la cabeza desecha, inundada en sangre, y á Conchita en el suelo disfigurada, nadando en su sangre y en la de su madre. ¡Estaban muertas!.....

El padre enmudeció, quedó como alelado, como estúpido.

Parecia que el dolor habia paralizado su existencia, le llevaron á su cuarto y murió á pocos momentos despues. y al 'dia inmediato se vió llevar á el cementerio del pueblo vecino, dos grandes cajas de muerto, y una pequeña, que iban á enterrar; á poco rato, un niño sostenido por dos criados brincaba, reia con los ojos fuera de sus órbitas, y cantaba de una manera espantosa; en seguida callaba de repente, y sus miembros sufrían y no podia andar. Este niño era Victorino..... se habia vuelto loco. Victorino habia muerto á su madre, y á su hermana, y causado la muerte de su padre. La escopeta que cojió en casa del guarda-bosques ausente, era una escopeta cargada que aquel puso en el sitio donde estaba la primera, la que se llevó al pueblo para que la compusiesen.

Victorino, pues, señor, es el loco de 20 años que no puede oirnos á esta distancia, pero que nos observa por entre las verjas de hierro. Nos miraba en efecto y sus ojos desencajados y fijos en nosotros nos causaban miedo.

Hijos míos, escarmentad en este ejemplo. Jugad si aun os atreveis con las armas de fuego! Las repetidas desgracias que han sucedido con las armas de fuego que se creian descargadas, han dado origen á una espresion vulgar que habreis oido muchas veces, y que en la ignorancia de muchos pasa por una verdad, á saber: *que el diablo las carga!*

JUEGOS DE LOS NIÑOS.



EL VOLANTE Y LA PELOTA.

Teniendo lástima de los dedos de su real amo á quien el contacto de una pelota arrojada con violencia molestaba en el

juego de pelota se dice que un cortesano español inventó la raqueta.

El juego de la pelota tan en voga en otro tiempo, y llamado así porque se juega con la palma de la mano, es de origen asiático, y muy de moda en tiempo de *Homero*, pues era la diversión de sus héroes. Pero este era un ejercicio en el cual las mujeres no podían tomar parte; queriendo modificar este juego y conciliarle con la delicadeza de las manos, esbelta cintura y gracia en los movimientos se inventó el volante.

Para jugar bien al volante, es preciso tener buena vista, y mucha agilidad en el movimiento de las manos; es menester no solo recibir el volante cuando viene en línea recta sino también de cualquier modo que se presente devolverle bien dirigido. Se puede jugar al volante entre tres. Los jugadores más diestros lo juegan entre cuatro con dos volantes que se cruzan á la vez. Es preciso tratar de que nunca los volantes, se encuentren y tropiecen; si la raqueta, está dispuesta para la pelota, hay todavía un gran número de ejercicios en los cuales es costumbre el lanzar la pelota con la mano.

Podríamos dar á nuestros tiernos lectores, la rica nomenclatura del juego de la pelota, y doctos en esta materia escribiríamos un large capítulo. Pero hay tantas variaciones en dicho juego! cada colegio, cada casa de educación tiene sus tradiciones particulares; por ejemplo, la pelota de goma, se juega de diez diferentes modos; la pelota tiene sus variantes y no se juega en Madrid como se juega en Navarra, no hay regla fija en este ejercicio. La pelota de nueve agujeros ó llamada por otro nombre pelota de viento, se diferencia en cada gimnasio. Será mejor no detenernos en esta materia, solo sí daremos á nuestros lectores, tres consejos generales.

El primero es desechar las pelotas construidas con una redcilla ó cordoncillo de hilo, ó seda.

Las pelotas forradas así, siempre votan mal. El segundo es preferir, la pelota de buena lana larga é hilada á las pelotas elásticas, cuyo peso y dureza las hace peligrosas para los jugadores poco diestros.

El tercer consejo finalmente es, que no imiten al tunantuelo cuya historia voy á contar.

El niño Antonio tenía pasión al juego de la pelota, desde que recibió un pelotazo, había prometido no jugar sino con pelota de lana; ¿pero sabéis amados niños en donde Antoñito se proveía de la primera materia para hacer pelotas? Antoñito sabía que su maestro llevaba una almilla de lana nueva que su hija le había tejido.

Por la noche al acostarse en un mismo dormitorio el maestro dejó sobre una silla su almilla de lana tejida. Una noche

siente como que le tocan la ropa: estiende el brazo, y ve que su almilla desaparece destejiéndose poco á poco.

Coje el hilo, le sigue á obscuras, anda unos treinta pasos y llega á la cama de Antoñito, el que sentado muy tranquilamente sobre el colchon estaba devanando la lana que sacaba de la almilla que deshacia el pobre profesor.

Enciende el dueño el quinqué y ve que ya falta una manga entera á su almilla.

Al día siguiente Antoñito compareció delante del director del Colegio.

Confesó su travesura y desechando los consejos que sus compañeros le daban para quese excusase diciendo que era sonámbulo, prometió respetar en adelante las almillas de lana de sus maestros, admirando su travesura, y el ingenioso método que habia inventado de construir pelotas, y desnudar en detall á sus maestros durante su sueño, le impusieron una ligera correccion.

LA ESCALERA DEL FAROLERO.

FÁBULA.

Cierta noche y á deshora
En su cuarto un farolero
Escuchaba grandes voces
Cuando él solo estaba dentro,
Levantóse de la cama
Juzgando que fuese sueño
Pero cada vez mas claros
Oia distintos ecos.

¿Como no habia de oirlos
Si estaban muy descompuestos
De su escalera portátil
Los escalones riñendo?

Parose absorto á escucharlos
Y entendió que los primeros
A los últimos decian
Vosotros sois los plebeyos,
Que nosotros por mas nobles
Ocupamos alto puesto,



Riéndose los de abajo
Respondian, bueno es eso
Pues de la misma madera
No hemos sido todos hechos?
Ya, reponian los otros
Mas porque sucios no estemos
Siempre el amo sus zapatos
Limpia en vosotros primero.
«Si no fuéramos nosotros
De esta máquina sustento»
Los últimos replicaban,
«No hablarais así soberbios
Porque seriais tal vez
Carbon destinado al fuego.»
Dispúsole la fortuna,
Contestábanles aquellos
Y siempre sobre vosotros
Mal que os pese estar debemos.
De tan futil arrogancia
Indignése el farolero
Y acercándose al rincón
Y la escalera cogiendo
Puso lo de abajo arriba
Y les dijo: caballeros,
A callar, que en adelante
Han de ser voto á mi abuelo,
Los que eran primeros últimos,
Y los últimos, primeros.
En las sociedades es
Cada clase un escalon
Con la escalera al revés
Se cambia la situacion.

